

RAMÓN MELLADO, Ed. D.

*Decano de Administración  
Universidad de Puerto Rico*

## LA COMUNICACIÓN Y EL LENGUAJE

LA COMUNICACIÓN por medio del lenguaje es el más maravilloso de todos los fenómenos del universo. La comunicación, que puede ser hablada, escrita, o esa manera de comunicación consigo mismo que es la meditada en silencio, hace posible el pensamiento humano, sin el cual los objetos y los acontecimientos carecerían de significación. La comunicación hace posible la participación inteligente de los humanos en el proceso social; esta participación, a base de entendimiento es de la mayor trascendencia, porque el hombre, de todos los animales, es el peor equipado biológicamente para las reacciones instintivas. La comunicación permite al hombre auscultar con relativa seguridad el porvenir para determinar así las posibles consecuencias de sus actos y convertirse en un ser moral. La comunicación es el factor determinante en la formación de los más altos ideales humanos, y en consecuencia, base de la mejor enseñanza y del mejor aprendizaje. Sin embargo, siendo todo lo que es, la comunicación —como proceso psíquico— ha recibido muy poca atención por parte de los educadores.

Los animales se comunican sus emociones unos a otros, dentro del mismo grupo biológico, por medio de gritos o gestos, que son más bien avisos, "reflejos de señal" se les llama a veces, de carácter muy general. Los animales revelan, por medio de este elemental sistema de comunicación, estados de miedo, alegría, coraje, hambre, deseo sexual, etc., que otros animales captan y que provocan en ellos reacciones de índole diversa. En todos los casos se trata de avisos generales, que sólo anuncian estados emocionales, y no de expresiones claras de experiencias específicas.

Ahora bien, el ser humano, además de disponer de las expresiones generales de carácter emocional, tiene a su disposición un complicado sistema de símbolos lingüísticos que le permite dar mayor claridad a su pensamiento y comunicar sus experiencias con marcados perfiles de precisión. La diferencia es por demás notable. Compárese el sencillo drama de la atracción sexual en cualquiera de los niveles del reino animal, con la complicada tragedia del galán romántico, lleno de ensueños, pero falto de recursos económicos, que declara su amor a la dama hermosa, pero calculadora, para quien el dinero es factor imprescindible en la ecuación matrimonial. En el primer caso se trata de gestos que son entendidos globalmente y que provocan reacciones de carácter también global. En el segundo caso se trata de una comunicación de emociones y de experiencias y de una serie de decisiones tomadas a la luz de incursiones mentales en el porvenir. Ambos personajes, en este segundo caso, quedan afectados por la comunicación de sus experiencias y salen de la aventura definitivamente distintos a como entraron en ella. Sin los símbolos lingüísticos, el hombre sólo hubiera hecho gestos más o menos provocativos y la mujer sólo hubiera mostrado agrado o desagrado ante ellos.

La función del sistema de símbolos lingüísticos ha sido incomprendida con frecuencia; de ahí la poca atención que ha merecido por parte de los profesionales de la enseñanza. Para un gran número de personas, yo diría que para la inmensa mayoría, los símbolos lingüísticos —esto es, las palabras— son

meras expresiones de lo que el ser humano piensa o siente. Revelan los estados intelectuales y emocionales de una persona, pero no participan en el proceso formativo de dichos estados. El lenguaje viene a ser, pues, la expresión de algo que existe independientemente del mismo lenguaje, y desde luego —en la dimensión del tiempo— con anterioridad a él. El ser humano piensa y siente, y luego busca palabras para expresar sus pensamientos y sentimientos. Pero toda esta interpretación de los símbolos lingüísticos deja mucho que desear y está en conflicto con las investigaciones más cuidadosas que se han hecho sobre la materia.

Los símbolos lingüísticos son parte integrante del proceso de pensamiento. El buscar la palabra adecuada es el último paso en este proceso, pero parte integrante de él. La idea no adquiere su mayor clarificación hasta que no se encuentra el símbolo que precisa sus contornos, a la vez que sirve de vehículo de expresión. Esta concepción del lenguaje, aceptada por la ciencia moderna, abre un sinnúmero de posibilidades a la enseñanza y al aprendizaje. Si la función principal de la enseñanza es la clarificación de las ideas, así como la orientación adecuada en la formación de valores, no cabe duda que el estudio de la comunicación humana es de la mayor significación para todos los educadores.

Tres corolarios básicos resultan del principio lingüístico enunciado. El primero de ellos es que los maestros de idiomas, y muy especialmente los maestros del vernáculo, tienen la obligación de buscarle perspectivas ideológicas a sus ejercicios de lenguaje. Estos ejercicios resultan poco menos que inútiles si no entra en su composición el ingrediente de las ideas, y si el maestro no establece la debida integración entre la idea y el símbolo. Esto es, el decir forma parte del pensar, y quien pretenda separar el decir del pensar, en primer término, no lo logra y, en segundo término, frustra los propósitos de la enseñanza. Este corolario no constituye novedad para los maestros, pues figura con lujo de detalles en los cursos universitarios sobre la enseñanza de idiomas. Sin embargo, a pesar de ser bien cono-

cido, dudo de que se encuentre bien aplicado a la práctica. Son tantos y tantos los maestros de lengua que insisten en la inútil separación del pensar y el decir que bien vale la pena recordarlo de vez en cuando.

El segundo corolario, tan importante como el primero, es que los maestros de todas las materias que tengan interés en la clarificación de las ideas y los conceptos deben dar la atención más cuidadosa a los problemas de la lengua, y muy especialmente al problema de la selección adecuada de símbolos lingüísticos en los procesos mentales de los estudiantes. Los que creen pensar bien y tener claridad en las ideas y conceptos, pero carecer de vocabulario para la expresión adecuada de tales ideas y conceptos, se engañan a sí mismos. Piensa bien quien dice bien; y piensa mal quien dice mal. No puede tener claridad en su pensamiento quien no logra encontrar los vocablos y los giros lingüísticos adecuados para dar los toques finales a ese pensamiento y a la vez comunicarlo a las demás personas. -3-

El tercer corolario, y, a mi juicio, el que en cierto sentido puede envolver alguna novedad, es el de que para enseñar a razonar, y en consecuencia, a formular juicios válidos, hay que tener a mano los recursos de la ciencia lingüística más moderna, así como la metodología más correcta para la integración del lenguaje con los procesos psíquicos del ser humano. El éxito de Sócrates con sus discípulos es una prueba de ello. En el juego de las ideas, participa el lenguaje, y la expresión lingüística revela al buen entendedor las fallas de la ideación. Pero es sumamente difícil ser buen entendedor. Para serlo hay que tener un completo dominio, no solamente sobre el asunto objeto del pensamiento, sino también sobre la psicología de los procesos mentales y sobre los principios de la ciencia lingüística. Hace falta una metodología clara y sencilla para la enseñanza del razonamiento que reconozca al lenguaje el papel de significación que merece.

En 1881, Charles Sanders Peirce, el filósofo pragmático, publicó un ensayo en la revista *Scientific Monthly* titulado "How

to make our ideas clear". En este ensayo, que es por demás interesante, Peirce nos describe el carácter operacional de las ideas.

La idea de un objeto o de un acontecimiento cualquiera no es otra cosa que las consecuencias que resultan cuando se brega con ese objeto o con ese acontecimiento. Si no hay tales consecuencias o si no hay brega posible, la idea ni es clara ni es significativa. Las ideas implican operaciones y se prueba su validez midiendo los resultados de tales operaciones. "Consider what effects, that might conceivably have practical bearings, we conceive the object of our conception to have. Then our conception of these effects is the whole of our conception of the object". (Peirce, C. S., "How to make our ideas clear", *Collected Papers, Charles Sanders Peirce*, Vol. V, pp. 248-274). Este concepto de las ideas abre grandes posibilidades al maestro que quiere penetrar en las complejidades del razonamiento de sus discípulos para mejorar sus hábitos de pensamiento. Estando alerta para descubrir vaguedades, esto es, ideas oscuras, que no respondan al criterio operacional, se puede hacer muchísimo para enseñar a pensar. Cuando una persona termina su pensamiento con un término vago e impreciso que no implica un curso de acción posible, no hay duda alguna de que ha habido una falla en el proceso mental. El maestro hábil, que con ojo clínico descubre esta falla mediante el análisis de la expresión lingüística, hace que el alumno revise su proceso mental hasta que aparece la expresión adecuada indicativa de claridad en el pensamiento. ¡Cuántas personas hay que usan los símbolos del idioma con vaguedad extrema para ocultar la niebla de su pensamiento! Recuérdense las veces que se oye el término "democracia" o "personalidad", "integración", "cultura", en labios de personas para quienes estos símbolos no tienen consecuencia alguna ni indican cursos de acción posibles.

Ahora bien, si el lenguaje tiene tal relación con el pensamiento que permite al hombre vivir en un mundo de significaciones—cosa imposible para todos los demás animales—, ¿qué implicaciones tiene esto en una situación educativa como la de Puerto Rico en donde se enseñan dos lenguas, dos siste-

mas de símbolos, cada uno con su propia historia y su propio fondo cultural? En primer término, y fuera de toda duda, que ambas lenguas deben enseñarse dentro de un contexto de ideas y actividades de significación. Un idioma se convierte en vehículo de comunicación para una persona cuando ésta logra incorporar las palabras y expresiones de ese idioma a sus procesos mentales y, en consecuencia, a su propio mundo interior de símbolos significativos. (Childs ha dicho, con sobradísima razón, que el lenguaje es el puente entre el curso inconsciente de los acontecimientos en la naturaleza y la vida consciente del ser humano.)

La enseñanza del idioma vernáculo se presta para tender el puente entre el mundo interior del alumno y el mundo exterior que le rodea. No voy a hablar del método global de lectura, ni de la gramática funcional, ni de la necesidad de cultivar intensamente la expresión oral y escrita, ni de otras cosas igualmente importantes, pero bien conocidas. En lo que sí quiero hacer hincapié es en la necesidad de revisar los materiales de lectura para que los estudiantes tengan una mejor oportunidad de pensar y expresarse —cosas ambas inseparables— con mayor elegancia y corrección. Los materiales de lectura, creación de compatriotas nuestros, que ofrezcan muestra del buen pensar y del buen decir, deben tener sitio preferente en nuestro programa docente. Igualmente deben estar representadas las grandes creaciones del pensamiento de otros hombres en otras tierras. Pero, a mi juicio, es imperdonable la práctica de tolerar la mediocridad en el pensamiento y en la expresión por consideraciones de índole regionalista. Elevemos el nivel de pensamiento y expresión de nuestro pueblo mediante el uso de los mejores materiales de lectura, dondequiera que hayan sido producidos. Procede, sin duda, una revisión general de todos los materiales de lectura usados en la enseñanza del vernáculo. Para esta revisión debe basarse en criterios de la más alta significación. Es bueno que los tipos de imprenta sean adecuados, que las ilustraciones sean interesantes y que las palabras nuevas para los alumnos se vayan presentando con tal o cual frecuencia. Pero eso no es todo; no es ni siquiera lo más impor-

tante. Hay que mirar con atención preferente el decurso de las ideas y su adecuada expresión.

Otro aspecto a considerar es el de la correlación o integración de los programas docentes. Todos hemos oído hablar de la importancia que tiene para el maestro de español el buscar temas de significación relacionados con los temas de otras materias del programa escolar. Lo importante, a mi entender, y por las razones de orden teórico apuntadas antes, es que el ejercicio de lenguaje tenga una perspectiva ideológica. Y esta perspectiva puede lograrse sin que el tema de la clase de español sea el mismo de la clase de historia o química, y puede perderse aunque se use el mismo tema de la clase de historia o química. La verdadera integración de la personalidad del alumno se logra cuando todos los maestros, conscientes de los valores de nuestra cultura, trabajan de manera coordinada para el logro de estos valores y no cuando artificiosamente se encierran todos en el estrecho círculo de un tema determinado.

La enseñanza del inglés como segundo idioma requiere el uso de ciertas prácticas metodológicas especiales. Pero los grandes principios que gobiernan la enseñanza de todos los idiomas son buenos también para la enseñanza del inglés. Aprovechar nuestro conocimiento de las estructuras lingüísticas de este idioma, y sus analogías y diferencias con el vernáculo, en modo alguno excluye el fondo de significación que deben tener los ejercicios lingüísticos. Apoyarse en forma desproporcionada sobre la mecánica de estos ejercicios puede, además de aburrir a maestros y alumnos, frustrar los propósitos legítimos de la enseñanza del inglés en nuestro país. Puerto Rico necesita que sus hijos sean capaces de comunicarse en inglés con sus conciudadanos del Norte, pero Puerto Rico necesita también que sus hijos tengan algo de significación que comunicar a esos conciudadanos. Es necesario establecer la adecuada relación entre los patrones y las ideas, para que el esfuerzo legítimo y sincero de los dirigentes de nuestro sistema escolar no se frustre.

Ahora, un comentario sobre las posibles implicaciones de la enseñanza del inglés en la vida puertorriqueña. Se ha habla-

do mucho últimamente sobre este tema y yo no voy a repetir lo dicho. Quiero, sin embargo, hacer algunas aclaraciones de rigor. Doy por sentado que todos estamos de acuerdo sobre la necesidad que tiene el pueblo puertorriqueño de aprender a comunicarse en el idioma inglés. No es probable que a nadie le quede alguna duda sobre el particular. Los puertorriqueños necesitan entender el inglés cuando lo oyen y cuando lo leen; y necesitan, además, hablarlo y escribirlo; y todo, con la mayor corrección posible.

Puerto Rico ha estado pasando durante el último medio siglo por un proceso de aculturación que se ha activado en los últimos diez o doce años por las nuevas facilidades de comunicación y transporte entre nuestra Isla y el Continente. La cultura puertorriqueña ha aceptado nuevos modos de conducta, y lo ha aceptado como los aceptan todas las culturas, por voluntad propia. En una situación como ésta nada más natural para los programas educativos que ofrecer la orientación debida en lo que concierne a la formación de estos nuevos modos de conducta. Uno de ellos es el uso del inglés como segundo vehículo de comunicación.

Si recordamos el principio, examinado al comienzo de este artículo, de que los símbolos de un idioma no son meros canales para comunicar ideas y sentimientos, sino que a la vez son parte integrante de esas ideas y sentimientos, se advertirá la necesidad de ofrecer dirección adecuada en el uso de las palabras y estructuras lingüísticas del inglés como medio para ofrecer dirección adecuada en la formación de las ideas, los conceptos y los mismos valores. Para evitar la deformación de las ideas hay que reclamar la mayor claridad y precisión de la expresión. Yo diría que el único criterio válido para determinar si es aceptable emplear un término inglés cuando hablamos en español entre puertorriqueños, es el de que dicho término sea más adecuado que su equivalente español para darle precisión a la idea. No hay duda alguna de que hay ciertos términos en inglés que conllevan una carga emocional ausente de su traducción en español. En tales ocasiones está justificado

el uso y la generalización de expresiones en inglés. Pero el empleo de términos ingleses cuando hablamos en español por la sola razón de no tener un vocabulario adecuado en el idioma vernáculo es, en opinión mía, imperdonable.

Para resumir, pudiera decirse que el lenguaje y el pensamiento son inseparables; analizando el primero, se interpreta el segundo. En la expresión oral y escrita de las personas se encuentran datos de incalculable valor para diagnosticar sus procesos mentales. Dedicemos nuestros esfuerzos al análisis de estos datos y clarificaremos tanto el pensamiento como la expresión.